

¿Qué hacer?

Henry Kissinger

... Los historiadores nunca determinarán de manera concluyente si las políticas económicas del New Deal superaron la crisis de los años treinta o retardaron su solución. Empero, si Franklin D. Roosevelt ha ganado un puesto entre nuestros grandes presidentes no ha sido por sus teorías económicas, sino porque nos devolvió la confianza en que nuestras instituciones democráticas serían capaces de dominar sus dificultades. La crisis actual plantea un desafío comparable. Ahora, como entonces, la primera reacción es reducir el consumo y las importaciones y expandir las exportaciones. Pero ahora, como entonces, las medidas puramente económicas no darán resultados.

Se requiere un liderazgo político

En primer lugar, es casi seguro que la recuperación económica mediante la austeridad tomará más tiempo del que tolerarán los ciudadanos de las democracias más avanzadas; en los países en vías de desarrollo, la austeridad puede provocar el caos político. **Y lo que es más importante, un remedio adecuado para los males económicos de una nación puede resultar contraproducente si lo aplican muchos países a la vez. Si muchas naciones reducen simultáneamente el consumo y las importaciones e incrementan las exportaciones, ninguna podrá tener éxito. Se paralizará el comercio, se institucionalizará la recesión y aumentarán los riesgos de inestabilidad política.**

Los gobiernos de las democracias industrializadas deben dar marcha atrás, antes de que este ciclo descendente avance demasiado. Deben fomentar el crecimiento económico, pero sólo pueden hacerlo de un modo coordinado, porque los esfuerzos solitarios están destinados al fracaso.

Si no actuamos, enfrentamos muchos riesgos, incluida la pérdida del sistema comercial internacional, relativamente libre, que sirvió de base a la prosperidad de posguerra. **Contrariamente a lo que afirma la teoría económica clásica, un sistema comercial libre no se autogobierna sino que requiere un acto consciente de liderazgo político.** Es una tarea formidable bajo las mejores circunstancias; bajo una recesión aguda, se hace casi imposible...

"Operación de rescate"

... En 1982, los pagos de intereses equivalieron al 45% de todas las exportaciones de bienes y servicios realizadas por los países en vías de desarrollo. Un intento de pagar el capital, (que suma unos 500.000 millones de dólares) incrementaría considerablemente ese porcentaje. Estas cifras entrañan una crisis. A los países deudores les es imposible obtener ganancias suficientes como para cumplir con sus obligaciones actuales, al menos mientras continúe la recesión y, probablemente, hasta mucho después de que termine.

Así, pues, acreedores y deudores están ligados entre sí por un sistema en que el desastre sufrido por una de sus partes significa la ruina para la otra. El acreedor no puede suspender la ayuda al deudor, pues correría un doble riesgo: un desastre bancario y un agravamiento de la recesión. Después de todo, los países en vías de desarrollo absorben más de un tercio de las exportaciones norteamericanas (y más del 40% de las exportaciones de las democracias occidentales). En el caso de los Estados Unidos, esa proporción supera la suma total de exportaciones a la Comunidad Europea y al Japón.

Como los deudores nunca podrán salir del aprieto, a menos que reciban créditos adicionales, ha surgido la reconfortante opinión de que ninguno de ellos se atrevería a dejar de cumplir con sus pagos, pues entonces no serían merecedores de recibir nuevos créditos. Lamentablemente, los líderes políticos siguen un camino distinto del de los expertos en finanzas... Ven los intereses políticos de su país a través del cristal de su propia supervivencia. Si se lo acorrala, un líder político bien puede tratar de provocar un resentimiento populista contra los "explotadores" extranjeros. Así sucederá, sin duda, si la llamada "operación de rescate" se centra primordialmente en el pago de los intereses. **Si se les pide a los países endeudados que acepten una austeridad prolongada sólo para proteger los balances de bancos extranjeros, tarde o temprano se producirá un estallido de ira.**

Los temblores políticos de la deuda

El interrogante clave es éste: ¿qué impacto causarán, probablemente, sobre la estructura política del país deudor las condiciones exigidas para "fijar nuevos plazos" para el pago de su deuda (o sea, para prorrogarla)? Aquí peligra la evolución política interna de varios países en vías de desarrollo, entre los cuales se encuentran muchos amigos importantes de los Estados Unidos. **Si la crisis de endeudamiento acaba de provocar la aparición de muchos gobiernos de ideas radicales, contrarios a Occidente, las consecuencias políticas sobrepasarán abrumadoramente a los aspectos financieros.**

Por supuesto, sería absurdo que el Fondo Monetario Internacional (FMI) emprendiera una operación de salvamento, sin tratar de corregir las prácticas económicas que llevaron a las naciones deudoras al borde del precipicio. Empero, las condiciones que se impongan deberán ser pertinentes al verdadero problema. Por ejemplo, ¿qué significado puede tener el compromiso de austeridad del gobierno

argentino, un gobierno militar que pierde legitimidad día tras día, y que está en vías de entregar el mando a civiles cuya orientación política es harto diferente a la suya? Aunque actúe con la mejor intención, ¿podrá alcanzar esos objetivos? Y de no lograrlo, ¿qué aliciente tiene un gobierno como ése para abstenerse de un repudio de la deuda que sería políticamente popular?

Con todo, las condiciones impuestas por el FMI pueden ser más peligrosas aun cuando se cumplen, pues entonces es posible que el país deudor socave sus propios cimientos políticos. En ocasiones, los gobiernos occidentales que atraviesan por dificultades económicas utilizan las condiciones impuestas por los prestamistas internacionales como excusa para practicar una austeridad que, de otro modo, los medios políticos locales habrían podido impedir. A fines de 1976, Gran Bretaña dio un buen ejemplo de esto. Sin embargo, en la mayoría de los países en vías de desarrollo, una austeridad prolongada sacudirá inevitablemente (y, quizás, hará añicos) la legitimidad de aquellas estructuras políticas que son la expresión principal de la cohesión e identidad nacionales.

Pocas naciones deudoras tienen seguro de desocupación u otras instituciones que en Occidente amortiguan el impacto social de las depresiones económicas. **Si se obliga a los países en vías de desarrollo a reducir drásticamente su nivel de vida por un período prolongado, existe la probabilidad de que se debiliten precisamente aquellos gobiernos moderados que más tienden a aceptar los consejos de Occidente. De llevarse demasiado lejos, tal exigencia puede provocar un radicalismo político que desafiará a los acreedores extranjeros y, de este modo, ganará el apoyo de la opinión pública... y, quizás, el de otros deudores. Forzosamente, esto es lo contrario de lo que desea Occidente.**

Red de seguridad

La principal institución creada para superar las crisis de liquidez y de pago de las naciones deudoras es el FMI: empero, su propósito original era dar préstamos individuales a países que atravesaran por dificultades temporarias. El FMI ha desempeñado admirablemente esta función, pero no fue ideado para habérselas con una crisis del sistema que afecta simultáneamente a decenas de naciones deudoras.

A medida que un país tras otro admita su incapacidad para pagar tan siquiera los intereses - y, por ende, renuncie a toda posibilidad inmediata de reembolsar el capital -, el FMI descubrirá prontamente que no posee los recursos necesarios para salvar a todos los países en vías de desarrollo.

Recientemente, los Estados Unidos han respaldado un esfuerzo por reforzar los fondos de que dispone el FMI, pero ni siquiera este incremento podrá remediar la contracción inherente a la estrategia básica del FMI. Casi siempre, como requisito para recibir ayuda, el FMI insiste en la aplicación de medidas que contraen la eco-

nomía, aumentan la desocupación y reducen el consumo, pues así se disminuirán las importaciones y los recursos se volcarán a la exportación. El problema radica en que estas condiciones no pueden cumplirse si se aplican en muchos países a la vez, particularmente en un período de recesión mundial.

Por encima de todo está el hecho de que en una nación en vías de desarrollo la austeridad sólo es soportable políticamente si se pueden mostrar rápidos progresos hacia una salida de ese círculo vicioso en que el pago de las deudas consume las ganancias obtenidas por la exportación. El problema consiste, esencialmente, en que el actual esfuerzo de salvamento pretende "resolver" un problema de endeudamiento, de hecho insoluble en un futuro inmediato. Entretanto, proporciona una excusa para que los bancos sigan prestando dinero. **Nuestro verdadero objetivo debe ser promover un proceso de crecimiento sostenido en los países en vías de desarrollo; sin él, la frenética tarea de fijar nuevos plazos sólo posterga una crisis inevitable.**

El primer paso debe ser un cambio en el marco de las negociaciones; debe quitarse a los deudores, en el mayor grado posible, el arma del incumplimiento de pagos. **Las democracias industrializadas necesitan con urgencia una "red de seguridad" que permita a sus gobiernos presentar una ayuda de emergencia a las instituciones financieras amenazadas. Esto reduciría la sensación de pánico y la capacidad de chantaje del deudor.**

Al mismo tiempo, debería crearse un nuevo mecanismo contra la crisis. El FMI necesita un sistema de advertencia temprana y consultas previas entre los principales prestamistas, para poder anticipar y prevenir las crisis. Claro está que, en última instancia, es una cuestión psicológica: el problema de la deuda es el síntoma y no la causa de una crisis estructural. Debemos darle al mundo en vías de desarrollo la esperanza de un futuro mejor, si queremos que soporte sin convulsiones la inevitable austeridad inmediata.